

presa podía venirse a tierra de un momento a otro, como frágil edificio sacudido por un terremoto pasó horas de lucha, noches de angustia, con la razón perturbada y la muerte en el corazón. Este trabajo gigantesco y tempestuoso le acortó veinte años la vida. Y, sin embargo, devorado por la fiebre que le debía llevar al sepulcro, luchaba todavía desesperadamente con la enfermedad para poder hacer algo por su patria. "Es extraño —decía con dolor, desde su lecho de muerte—; ya no sé leer no puedo leer". Mientras le sacaban la sangre y la fiebre aumentaba, pensaba en Italia y decía imperiosamente: "Curadme; mi mente se oscurece, necesito todas mis facultades para poder ocuparme en graves asuntos". Cuando estaba en sus últimos momentos, y toda la ciudad agitada, y el Rey no se separaba de su cabecera, decía con angustia: "Tengo muchas cosas que deciros, señor; muchas cosas que haceros ver; pero estoy enfermo, no puedo, no puedo"; y se desconsolaba. Siempre su pensamiento febril volaba tras del Estado, a las nuevas provincias italianas que se habían unido a nosotros, a tantas otras cosas que quedaban por hacer. Cuando el delirio se apoderaba de él: "Educad a la infancia y a la juventud... gobernad con la libertad". El delirio crecía, la muerte se venía encima, y él invocaba con ardientes palabras al general Garibaldi, con el cual había tenido disentimientos, y a Venecia y Roma, que todavía no eran libres; tenía vastas visiones del porvenir de Italia y de Europa; soñaba con una invasión extranjera; temblaba por nosotros todavía, por su pueblo. Su mayor dolor, ¿comprendes?, no era que le faltase la vida, sino ver que se le escapaba a la patria que aún tenía necesidad de él, y por la cual había consumido en pocos años las fuerzas desmedidas de un prodigioso organismo. Murió con el grito de batalla en la garganta, y su mente fue grande como su vida. Ahora piensa un poco, Enrique, qué es nuestro trabajo, que, sin embargo, nos parece tan pesado; qué son nuestros dolores nuestra misma muerte, frente a los trabajos, a los afanes formidables, a las tremendas agonías de aquellos hombres sobre cuyo corazón pesa un mundo. Piensa en esto, hijo cuando pases por delante de aquella imagen de mármol y dile desde el fondo de tu corazón: "¡Yo te glorifico!".—*Tu padre*".



ABRIL

Sábado 1º—¡Primero de abril! Tres meses, tres meses todavía. Ha sido la mañana de hoy una de las más hermosas del año. Estaba contento en la escuela, porque Coreta me había dicho que iríamos pasado mañana con su padre a ver llegar al rey, que dice *que le conoce*; y también porque mi madre me había prometido llevarme el mismo día a visitar el asilo infantil de la Carrera Valdoceo. También lo estaba porque el albañilito está mejor, y porque ayer tarde, al pasar, el maestro dijo a mi padre: "Va bien, va bien". ¡Y luego hacía una mañana tan hermosa de primavera! Desde las ventanas de la escuela se veía el cielo azul, los árboles del jardín todos cubiertos de brotes, las ventanas de las casas abiertas de par en par, con los cajones y tiestos ya reverdecidos. El maestro no se reía, porque jamás se ríe; pero estaba de buen humor, tanto, que no se le veía la arruga recta que casi siempre tiene en medio de la frente, y explicaba un problema en la pizarra, bromeando. Bien se notaba que sentía placer al respirar el aire del jardín que entraba por las ventanas, lleno de fresco perfume de tierra y hojas que hacía pensar en los paseos del campo. Mientras él explicaba, se oía en la calle inmediata a un maestro herrero que golpeaba sobre el yunque, y en la casa de enfrente una mujer que cantaba para dormir a un niño; lejos, en el cuartel de la Cernaía, sonaban las trompetas. Todos parecían contentos, hasta el mismo Estardo. En un momento, el

herrero se puso a martillar más fuertemente, y la mujer a cantar más alto. El maestro cesó de explicar, y puso el oído atento. Luego, mirando por la ventana, dijo lentamente: "El suelo me sonríe, una madre que canta, un hombre honrado que trabaja, muchachos que estudian... ¡Oh, qué cosas tan hermosas!..." Cuando salimos de la clase, vimos que todos los demás estaban también alegres; marchaban todos en fila marcando fuertemente el paso y cantando, como en víspera de vacaciones; las maestras jugueteaban; la de la pluma roja saltaba siguiendo a sus niños como una colegiala: los padres de los muchachos hablaban entre sí, riéndose, y la madre de Crosi, la verdulera, tenía en la cesta muchos ramitos de violetas, que llenaban de aromas el salón de espera. Yo nunca he sentido tanto contento al ver a mi madre que me aguardaba en la calle y se lo dije según corría a su encuentro: Estoy alegre; "¿qué ocurre para que esté contento hoy? Y mi madre me respondió sonriendo que era la bella estación y la conciencia tranquila.



EL REY HUMBERTO

Lunes 3.—A las diez en punto mi padre vio desde la ventana a Coreta, el vendedor de leña, y a su hijo, que me esperaban en la plaza. "Allí están, Enrique —me dijo. Vé a ver al rey". Bajé a escape como un cohete. Padre e hijo estaban más listos que nunca, y jamás había advertido que se pareciesen tanto el uno al otro; el padre llevaba puesta en la chaqueta la medalla al valor, entre otras dos conmemorativas: los bigotes rizados y puntiagudos como dos agujas. Nos pusimos en marcha en seguida hacia la estación del camino de hierro, donde debía llegar el rey a las diez y media. Coreta padre fumaba su pipa y se restregaba las manos. "Sabéis —decía— que no lo he vuelto a ver desde la guerra del sesenta y seis? La friolera de quince años y seis meses. Primero tres años en Francia, luego en Mondivi; y aquí que le hubiera podido ver, jamás ocurrió la maldita casualidad que estuviese en la ciudad cuando él venía. ¡Lo que son las casualidades!" Llama al rey Humberto, como si fuera su camarada. Humberto mandaba la 16ª división, Humberto tenía veintidós años y tantos días, Humberto montaba un caballo de esta y de la otra manera. "¡Quince años! —decía fuertemente, alargando el paso—. Tengo verdadera ansia de verle. Le dejé príncipe y le vuelvo a ver rey. También yo he cambiado: he

pasado de soldado a vendedor de leña". Y se reía. El hijo le preguntó: "Si te viera, ¿te reconocería? Se echó a reír. "¡Estás loco! —respondió—. ¡Pues no faltaba más! El, Humberto, era uno solo y nosotros éramos como las moscas. Y luego, ¿te parece que nos iba a estar mirando uno a uno!" Desembocamos en la carretera de Víctor Manuel; mucha gente se dirigía a la estación. Una compañía de alpinos pasaba con trompetas. Dos guardias civiles iban al galope. El cielo estaba esplendente. "Sí —exclamó Coreta padre, animándose—; ¡Ah! ¡Qué pronto he envejecido! Aún me parece que fue ayer cuando tenía la mochila al hombro y el fusil entre las manos en medio de aquella confusión, la mañana del 24 de junio, cuando íbamos a comenzar la pelea. Humberto iba y venía con sus oficiales, mientras el cañón retumbaba a lo lejos, todos le mirábamos y nos decíamos: "¡Con tal de que no le toque a éste una bala!" Estaba a mil leguas de pensar que dentro de poco le encontraría tan inmediato, allí mismo, ante las lanzas de los hulanos, austríacos; pero así, precisamente a cuatro pasos uno de otro, hijos míos. Era un día hermoso; el cielo parecía un espejo, con un calor!... Veamos si se puede entrar". Habíamos llegado a la estación; se veía inmenso gentío; carruajes, guardias, carabineros, sociedades con banderas. Tocaba la banda de un regimiento. Coreta padre intentó entrar bajo el pórtico, pero no lo dejaron. Entonces pensó meterse en primera fila, entre la multitud que hacía ala a la salida, y abriéndose paso con los codos, a empujones logró llevarnos adelante aun a nosotros. Pero la muchedumbre, en sus movimientos de vaivén, nos llevaba a veces para este lado otras para aquél. El vendedor de leña se colocó pegado a una pilastra del pórtico, donde los guardias no dejaban estar a nadie. "Venid conmigo", dijo de repente, cogiéndonos de la mano. En dos saltos atravesamos el espacio libre, y se fue a plantar con las espaldas pegadas a la pared. Inmediatamente acudió un sargento de Seguridad, y le dijo: "No se puede estar aquí". "Soy del 4º batallón del 49", respondió Coreta, enseñando la medalla. El sargento le miró y dijo: "Quédese". "Pero ¡si siempre lo he dicho! —exclamó Coreta con aire de triunfo—; el decir *cuarto del cuarenta y nueve* es una palabra mágica. ¡No tengo derecho de ver a satisfacción un momento, a mi general, yo que formé parte del cuadro! Si entonces lo tuve cerca, me parece justo que ahora lo pueda ver de cerca también. ¡Y qué digo mi general! ¡Si fue el comandante de mi batallón por media hora, porque en aquellos momentos era él quien lo mandaba, porque estaba en medio, y no el comandante Ubrich, diablo!"

En el salón de espera y fuera se veía un confuso tropel de señores y oficiales, y delante de la puerta una fila de coches con los lacayos vestidos de encarnado. Coreta preguntó a su padre si el príncipe Humberto tenía la espada en la mano cuando estaba en el cuadro. "¡Ya lo creo que tenía la espada en la mano —respondió— para poder parar una lanzada, que lo mismo podía tocarle a él que a cualquiera otro! ¡Ah, los demonios desencadenados se nos vinieron encima con la ira de Dios! Corrían por entre los grupos, por entre los cuadros y por entre los cañones que parecían empujados por el huracán, atravesándolo todo con la lanza. Era una confusión de coraceros de Alejandría, lanceros de Fogia, de infantería, de hulanos, de cazadores; un infierno del cual no era posible entender nada. Yo oí gritar: "¡Alerta! ¡Alerta!" Vi venir las lanzas a la carga: disparamos los fusiles; una nube de pólvora lo ocultó todo... Luego el humo de la pólvora se disipó... La tierra estaba cubierta de caballos y de hulanos heridos y muertos. Me volví hacia atrás y vi en medio de nosotros a Humberto a caballo, que miraba en derredor, tranquilo y como con aire de preguntar: "¿Hay alguno de mis valientes que esté arañado?" Nosotros le vitoreamos "¡Viva!" en su misma cara, como locos, ¡Santo Dios, qué momento!... ¡Ahí está el tren! La banda tocó, los oficiales acudieron, y la gente se puso sobre las puntas de los pies. "¡Ah! ¡No saldrá tan pronto! —dijo un guardia—. Ahora está oyendo un discurso".

Coreta padre no cabía en su pellejo. "¡Ah! Cuando pienso en ello —dijo—, me parece que le estoy viendo siempre allí. Está bien: con los coléricos y los que sufrieron terremotos y no sé con cuánta gente más, ha sido un valiente; pero yo le tengo en mi cabeza como le vi entonces, entre nosotros, y con aquella cara tranquila. Y estoy seguro que él mismo se acuerda también del 4º del 49 ahora, siendo rey: y que tendría mucho gusto en que nos reuniéramos a comer juntos todos los que estuvimos a su lado en aquellos momentos. Ahora tiene generales, señorones y libreas; entonces no tenía más que pobres soldados. ¡Si pudiera cruzar a solas cuatro palabras con él ¡Nuestro general de veintidós años, nuestro príncipe confiado a nuestras bayonetas!... Quince años que no lo veo!... ¡Nuestro Humberto! Esta música me enciende la sangre: palabra de honor".

Una frenética gritería le interrumpió; millares de sombreros saludaron; cuatro señores vestidos de negro subieron en el primer carruaje.

"¡El es!" gritó Coreta, permaneciendo como encantado. Luego dijo en voz baja: "Virgen mía, qué canoso está ya!" Los tres

se descubrieron; el carruaje avanzaba con lentitud en medio de la gente, que gritaba y agitaba los sombreros. Yo miraba a Coreta padre. Parecía otro: me parecía que fuese más alto, más serio y algo pálido allí, pegado a la pilastra.

El carruaje llegó delante de nosotros, a un paso nada más de la pilastra. “¡Viva!, gritaron muchos. “¡Viva!” gritó Coreta después de todos. El rey le miró a la cara, y detuvo un momento su mirada sobre las tres medallas. Entonces Coreta perdió la cabeza, gritando: “Cuarto batallón del cuarenta y nueve!” El rey, que había vuelto la cabeza a otro lado, se volvió hacia nosotros, y fijándose en Coreta, extendió la mano fuera del coche. Coreta dio un salto hacia adelante, y se la apretó. El carruaje pasó, la multitud se interpuso, y nos quedamos separados, perdiendo de vista a Coreta padre. Fue sólo un momento. Le encontramos en seguida, fatigado, con lágrimas en los ojos, llamando a voces a su hijo y con la mano alzada. El hijo se lanzó hacia él, y le gritaba: “Ven acá, chiquitín, que todavía tengo caliente la mano!” y le pasó la mano por la cara, diciendo: “Esta es una caricia del Rey”. Allí se quedó como si despertase de un sueño, contemplando a lo lejos el carruaje, sonriendo, con la pipa entre las manos y en medio de un grupo de curiosos que le miraban. “Es uno del cuadro del 49 —decían—. Es un soldado que conoce al Rey”. “Es el Rey quien le ha reconocido”. “El es el que le tendió la mano”. “Ha dado un memorial al Rey”, dijo otro más fuertemente. “No —respondió Coreta, volviéndose con brusquedad—: no, yo no le he dado ningún memorial. Otra cosa le daría si me la pidiese...” Todos se le quedaron mirando. Y él, sin inmutarse, dijo: “¡Mi sangre!”

EL ASILO INFANTIL

Martes 4.—Mi madre, según me había prometido, me llevó ayer, después de almorzar, al asilo infantil de la Carrera Valdoceo. Iba para recomendar a la directa un hermanita de Precusa. Yo no había visto nunca un asilo. ¡Cuánto me divertí! Eran doscientos entre niños y niñas, tan pequeños que los de la sección primera de nuestra escuela son hombres a su lado. Llegamos en el momento en que entraban formados en el refectorio, donde había dos larguísima mesas con muchos agujeros redondos y en cada uno su escudilla negra, llena de arroz y judías, y una cucharilla de estaño al lado. Al entrar, algunos se caían y permanecían sentados en el suelo y allí se quedaban hasta que venía alguna maestra a ponerlos

en pie. Muchos se paraban delante de una escudilla, creyendo que aquel era su sitio, engullían a escape una cucharada, cuando llegaba una maestra diciéndoles: “¡Adelante!” Avanzaban tres o cuatro pasos, y vuelta a tragar otra cucharada; y delante todavía, hasta que llegaban a su puesto, después de haber picado una media ración a cuenta de los demás. Finalmente, a fuerza de empujar y gritar: “¡Despachad!” “Vamos pronto” les pusieron a todos en orden, y comenzó la oración. Pero los de la fila de dentro, que al rezar tenían que ponerse de espaldas a la escudilla, volvían la cabeza hacia atrás para no perderla de vista, como si temiesen que se la cogieran, y así rezaban, con las manos juntas y los ojos al cielo, pero con el corazón en el plato. Luego se pusieron a comer. ¡Oh, qué espectáculo tan divertido! Uno comía con dos cucharas; otro se arreglaba con las manos; muchos separaban las judías enteras y se las metían en el bolsillo; otros las vertían en el delantalito y las golpeaban hasta hacer una pasta. No faltaba quien dejaba de comer, embobado, viendo volar las moscas, ni quien, al toser lanzase una lluvia de arroz por su boca. Un gallinero parecía aquel comedor. Pero, así y todo, el espectáculo era gracioso. Las dos filas de niñas hacían hermoso conjunto, con sus cabellos atados atrás con cintas rojas, verdes, azules. Una maestra preguntó a una fila de ocho niñas: “¿En dónde nace el arroz? Las ocho, abriendo de par en par la boca llena de comida, respondieron a una voz cantando: “Nace en el agua”. Luego la maestra mandó: “¡Manos en alto!” Daba gusto ver entonces cómo de todos los bracitos, que dos meses antes estaban fajados, salían las manecitas, agitándose como si fueran otras tantas mariposas blancas o sonrosadas.

Más tarde fueron a jugar pero ante todo iban cogiendo sus cestitas con la merienda, que estaban colgadas en las paredes. Salieron al jardín y se desparramaron, sacando sus provisiones; pan, ciruelas pasas, pedacitos de queso, un huevo cocido, manzanitas, puñaditos de cerezas, una ala de pollo. En un momento, quedó cubierto el jardín de migajas como si se hubieran esparcido granzas para bandadas de pájaros. Comían de las maneras más extrañas como los conejos, como los topes y como los gatos, bien royendo, lamiendo o chupando. Había un niño que sostenía de punta contra el pecho una rebanada de pan y la untaba con un nispero, como si estuviese sacando brillo a una espada. Niñas que estrujaban en la mano requesones frescos que escurrían por los dedos, como si fuera leche, hasta meterse por entre las mangas, y apenas si lo advertían ellas. Corrían y se perseguían unos a otros, con las manzanas y los panecillos entre los dientes, como los perros. Me